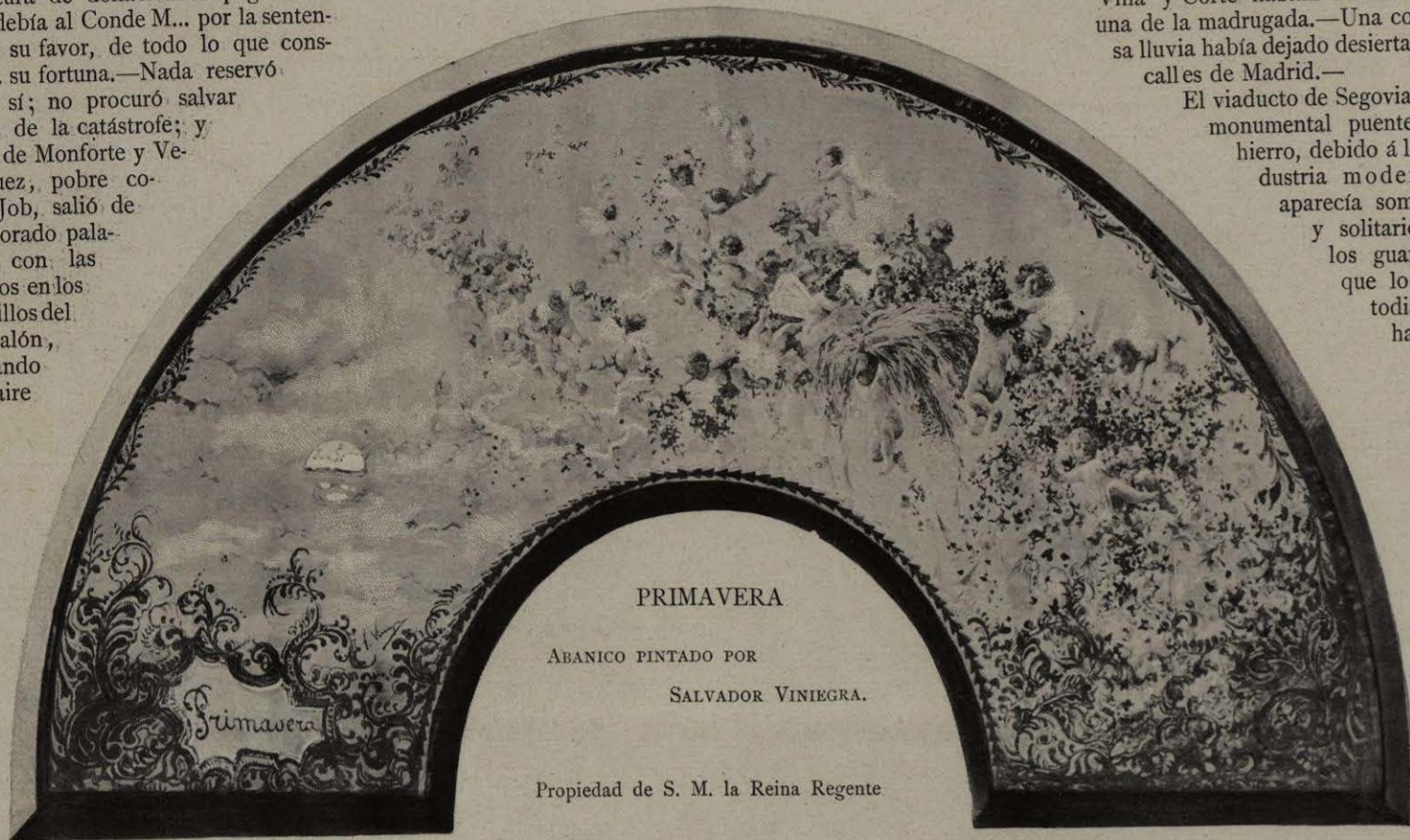


Luis pudo huir, tuvo tiempo de salir fuera de España, realizando antes lo suficiente para poder vivir con holgura... Así se lo aconsejaron no pocos amigos; pero un resto de orgullo de raza y de sentimientos caballerescos, le hizo desistir y rechazar el ruin consejo.

Una mañana, el Marqués de Campollano, llamó á un Notario, é hizo escritura de donación en pago de lo que debía al Conde M... por la sentencia á su favor, de todo lo que constituía su fortuna.—Nada reservó para sí; no procuró salvar nada de la catástrofe; y Luis de Monforte y Velázquez, pobre como Job, salió de su dorado palacio, con las manos en los bolsillos del pantalón, silbando un aire



PRIMAVERA
ABANICO PINTADO POR
SALVADOR VINIEGRA.
Propiedad de S. M. la Reina Regente

de caza, y fuese á pedir hospitalidad á su íntimo amigo el Duquesito de Z... el cual era siempre quien más cariño y lealtad había demostrado.

Apenas podía dar crédito Luis á lo anómalo de su situación. Los amigos de siempre, aquellos alegres y entusiastas camaradas que tantas y tantas veces habían compartido sus ruidosas fiestas, apenas si le devolvían fríamente el saludo.

Sus compañeros en las carreras de caballos, en el teatro, casinos y demás centros de recreo, huían sagazmente su encuentro, cual si fuera un apestado; y cuando la casualidad hacía que se encontrasen frente á frente, formulaban una pueril excusa y abandonaban cobarde y vergonzosamente al endiosado amigo de otras épocas, temerosos quizá de que les demandase algún socorro.

Las jóvenes de la aristocracia, aquellas mismas que se disputaban sus miradas, hoy volvían distraídas sus ojos á otro punto, como avergonzadas

de que las vieses dar su saludo á un hombre que llevaba el traje raído y el sombrero pasado de moda.

Esta es la sociedad moderna: agrupación de gente frívola y sin corazón, que no rinde vasallaje ni se prosterna más que ante el becerro de oro.

Hacia rato que los relojes de la Villa y Corte habían señalado la una de la madrugada.—Una copiosa lluvia había dejado desiertas las calles de Madrid.—

El viaducto de Segovia, ese monumental puente de hierro, debido á la industria moderna, aparecía sombrío y solitario, y los guardias que lo custodiaban habían

buscado refugio, contra la inclemencia del tiempo, en algún sitio cercano.

Un hombre bajaba con paso rápido la calle Mayor; atravesó los Consejos, y entró rápidamente en el Viaducto.

Sin vacilar, acercóse á las barandas de hierro, trepó por ellas, y... haciendo la señal de la cruz, se dejó caer en el inmenso precipicio que forma la calle de Segovia.

Rápido como el rayo, un enorme perro quiso sujetar al suicida; saltó también sobre la baranda... mordió su ropa... hubo un momento en que se balanceó con él sobre el abismo... y al fin cayó, dando siniestras vueltas, acompañando en aquel supremo momento al Marquésito de Campollano.

El leal *Ster*, el perro favorito del joven, pagaba con la vida, la deuda de gratitud contraída con su amo.

Era el único amigo que restaba al desgraciado Luis.

MIGUEL ALDERETE GONZALEZ

HUYENDO DEL PEREJIL

EN la casa se conservaba entre los criados la tradición de que, á pesar del uso y abuso de jabones perfumados y toda suerte de cosméticos, encargados directamente á París por el perfumista, pero fabricados en Barcelona, no había logrado borrar de la yema del índice de la mano derecha las señales de las puntadas, recibidas cuando costía camisas, que le pagaban á tanto la docena; tradición que no se perdía, porque, cuando se renovaba el servicio, que era con bastante frecuencia, los que salían cuidaban de enterar de ella á los que entraban. Doña María era buena, pero la afeaba el defecto de la vanidad, que la hacía insostenible. Cuando tenía dieciocho años se enamoró de ella Jorge Romeral, nacido en San Martín de Provencals, de padres que habían venido á Cataluña en busca de trabajo, que no hallaban en su pueblo, uno de los más pobres de la provincia de Teruel. Salíó el chico listo, aficionado á convertir en pesetas el sudor de su frente; entró de aprendiz en una fábrica, se ganó la estimación del mayordomo, que habló de él con elogio al principal, y á los veintidós años, estaba en la sección de ventas, con el sueldo de cuarenta duros mensuales. Al que gana 200 pesetas al mes, ó sean 666 pesetas diarias con una fracción de céntimo, le está permitido enamorarse; y Jorge se enamoró de María, formalizó la petición de matrimonio, y al año bendecía la unión el señor cura de la parroquia de San Pedro, que era amigo del padre de la novia.

Los recién casados se establecieron en la calle de San Francisco de Paula, en un tercer piso que llegaba á modesto poniendo una gran dosis de buena voluntad los que lo habitaban; pero como los cuarenta duros no daban para más, con él se contentaron, y así fueron tirando seis años, hasta que á Jorge se le ofreció ocasión de entrar con participación en el negocio en una nueva fábrica, de cuya prosperidad fueron termómetro los cambios de casa del matrimonio. Después del primer balance, bajaron al piso segundo; al año siguiente se mudaron al primero; luego á un tercio de la calle de Balmes; después á un segundo del Consejo de Ciento, y por

último, á un principal de la calle de Cortes, donde se establecieron tan definitivamente, que Jorge acabó por comprar la casa á un indiano que vino á la península con mucho dinero y lo perdió todo en jugadas de Bolsa.

Como no hay felicidad completa en este mundo, amargó la de María la pérdida de su esposo, que murió cristianamente, recomendándola que cuidara mucho de su hijo Mariano. Algunos decían que el capital que dejaba el difunto llegaba á un millón de duros; pero la verdad es que se aproximaba á doscientos mil, cantidad sobrada para que con la renta conservase la viuda la casa montada como en vida de su marido, á quien había impuesto su voluntad, no sin algunas discusiones que á veces degeneraron en disputas, porque la prosperidad no había vaciado la sesera de Jorge para llenársela de humo, y se complacía en su humilde origen, á pesar de los berrinches de su mujer, que perdía la calma y daba suelta á la indignación cuando le recordaban que había cosido camisas á tanto la docena; jella que recibía los miércoles, no salía á la calle sin vestir sedas y encajes, aunque fuese á primera hora de la mañana; llevaba brillantes por valor de cinco mil pesetas en las orejas, y en los dedos sortijas tasadas en 7,522 pesetas con 63 céntimos; ella, que soñaba con adornar el marco de su retrato fotográfico é iluminado, con un escudo de nobleza!

Hay que saber que la nobleza tenía trastornada á la buena señora, con gran regocijo de la servidumbre, á la que trataba con desdén. Un día despidió á la cocinera, y ésta le dijo: — Se quedará usted sin el escudo de armas que hallé ayer en un papel en que el tocineró envolvió la manteca, que á usted le venía pintado, pues consiste en un dedal, una aguja, un dedo que parece criba por efecto de los pinchazos, y una corona de ajos. — Doña María dió un grito, se escaparon de su boca rugidos, porque no acertaba á articular sonidos, y cayó desplomada en un sofá. Llamaron al médico, y le entró una calentura que por poco mete

en un ataud las sedas, las blondas y los sueños de nobleza. Curó de cuerpo, pero la cabeza continuó tan enferma como antes.

Más serio fué el disgusto que tuvo cuando se enteró de que su hijo estaba enamorado «de una chiquilla, cuyo padre tenía un tenducho de no sabía qué ni en qué calle, ni le importaba saberlo, porque su Mariano podía aspirar á mucho y no lo había ella criado con tanto regalo para que se lo llevase la hija de un tendero». Llamó á su hijo, quien con mucho respeto le dijo que amaba á Josefina y con ella pensaba casarse, porque era buena cristiana, laboriosa... — La esposa de mi hijo no ha de trabajar, sino lucir lo ganado. — ¡Quién sabe! Mi padre, que en gloria esté, me enseñó á trabajar de niño. — Era muy bueno, pero tenía ideas extrañas. Yo hubiera querido que tú fueras de esos que hablan abogado. — Podría ir ahora con citas de leyes, cuando se trata de telares, precios de la primera materia, mercados, giros, mano de obra. Si papá hubiera hecho lo que tantos otros, yo hubiera salido un abogado inútil y tenido necesidad de ceder la fábrica por falta de capacidad para dirigirla. Josefina será para usted una buena hija... —

Apoyó doña María ambas manos en los brazos del sillón, echó el cuerpo adelante y gritó: — ¡Jamás! — adverbio que puso término á la conversación, que no volvió á suscitarse; pero la madre observó que su hijo se ponía triste, comía poco, hablaba menos, y eso la alarmó; porque quería mucho á Mariano. Llamó al médico, quien le dijo que la enfermedad no estaba en la materia, sino en el espíritu; que había una medicina segura: casarle, y otra problemática: distraerle. ¿Casarle con Josefina? ¡Nunca!

Desechado el remedio seguro, quedaba el problemático. Doña María anunció á su hijo que había resuelto pasar el verano en un pueblo de la montaña, y como no la molestaba el calor, sino Josefina, con la particularidad de que no la conocía, á últimos de Mayo se empeñó en salir de Barcelona, acompañada de Mariano. Tres horas en ferrocarril, dos en tartana y llegaron á un caserón, con escudo de armas en el portal, patio inmenso y fachada que recordaba tiempos y generaciones que pertenecían á la historia, á cuya vista se entusiasmó doña María, por lo que tenía de señorial. Lo había tomado en alquiler, pagando poca cosa, pues en el pueblo, lo poco era mucho. Visitó á la viuda el médico, propietario de la casa solariega, y doña María se quedó embobada al oír de sus labios que sus antepasados habían sido los señores del pueblo, que él era noble, y muy noble, según decían unos pergaminos que tenía encerrados en un arcón, que no había abierto hacia muchos años, porque con las guerras había quedado arruinada su familia, y en vez de vivir de trampas, había preferido vivir de su trabajo; y así él era médico del pueblo, en vez de ser señor como sus antepasados, y un su hermano se dedicaba al comercio, que le daba lo bastante para mantenerse sin hambre, pero también sin harturas, él y una hija, á quien irían á parar todas las tradiciones y pergaminos, ya que no las riquezas, porque se habían agotado, de la ilustre casa de los Mafortas. — ¡Quién diría, — añadió el médico riendo — que aquella joven que lo mismo ayuda á su padre detrás del mostrador que repasa la ropa y pone un puchero, fuese la descendiente de un compañero de armas del rey Don Jaime el Conquistador! —

Lo de poner el puchero quedó olvidado al saber que uno de los antepasados había sido compañero de un Rey. — Desearía conocer á su sobrina. — Nada más fácil, — contestó el médico, — porque esta semana pienso ir á Barcelona y traérmela, para que se distraiga de unos amores contrariados. — ¿Amores contrariados? — Doña María contó sus cuitas al médico y se llevó más de una vez el pañuelo á los ojos, que se le anegaban en lágrimas al narrar los de su hijo con una

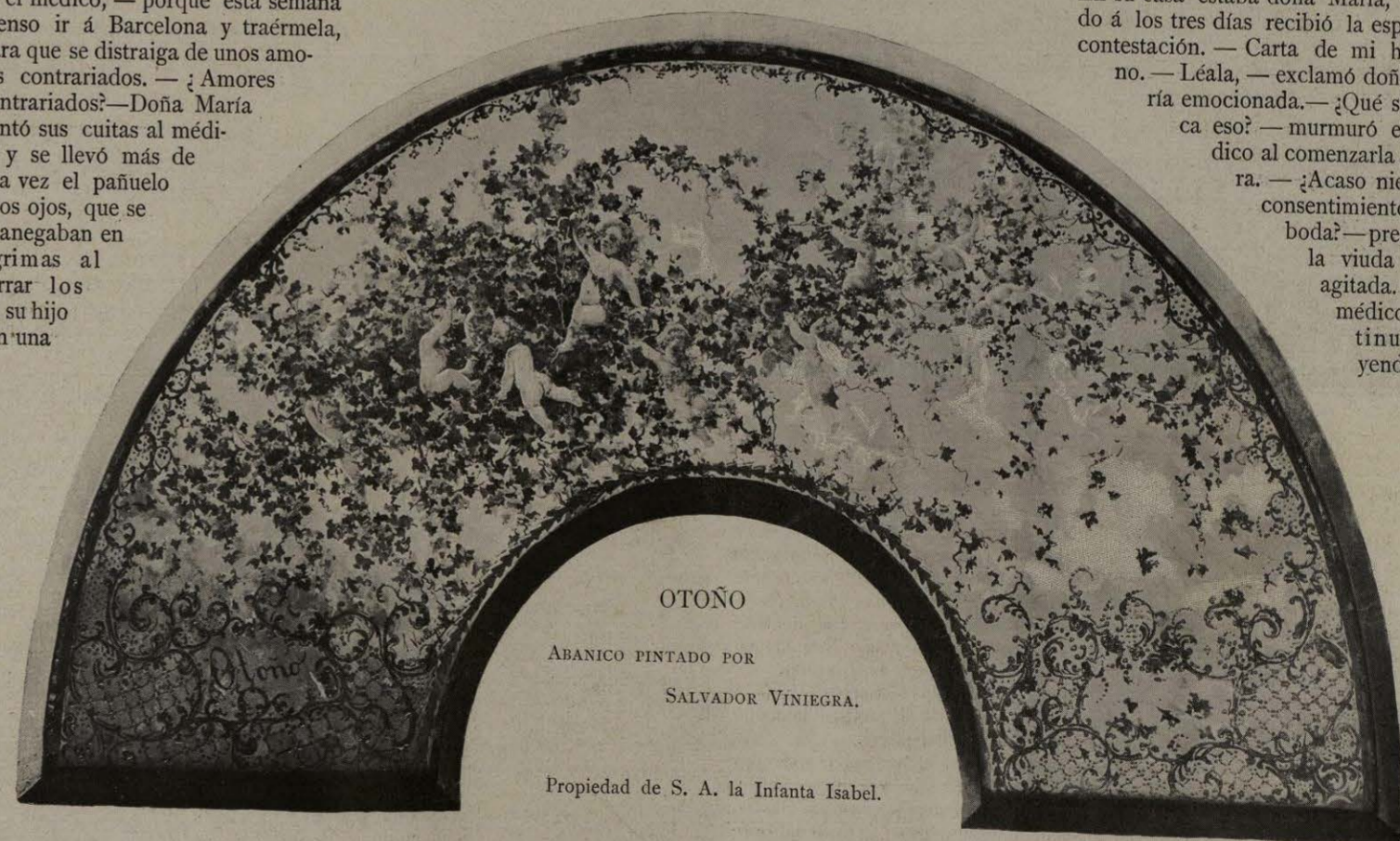
quien dió el brazo á la madre al subir la escalera de la casa señorial. En eso despertó y se dijo: «Prescindiendo del padrino, que por haber muerto no ha de asistir á la boda, el sueño podría convertirse en realidad si mi hijo quisiese.» Pero Mariano estaba cada vez más triste, y ni siquiera hallaba distracción en las cacerías, á pesar de que mataba muchos conejos, gracias á que Perico, uno del pueblo que siempre buscaba la manera de ganarse una peseta, había recibido de la viuda el encargo de salir con conejos caseros metidos en un saco y soltarlos en el cazadero, poniendo sumo cuidado en la operación, para que Mariano no se enterase de la superchería.

Fué el médico á Barcelona y regresó con la sobrina, alta, con ojuelos negros como el puño, cara que revelaba bondad y maneras que indicaban modestia. Se ganó la voluntad de doña María, quien dijo al médico que: — ¡Ojalá pudiera realizarse su propósito! — ¿Qué propósito? — Casarlos. — Señora, lo dije burla burlando. — Pues yo hablo en serio. — Soy viudo, y lo mío á la sobrina irá; poco es, pero no de despreciar. — Doña María, así como quien no quiere la cosa, hizo alguna insinuación á su hijo: — Desciende de un compañero de aquel rey que tiene una estatua en la plaza de San Jaime. — Mamá, yo no he de casarme con la estatua. — ¡Serías noble! — Me va bien en el estado de mi padre. — Cuando una mujer se empeña en una cosa, es de temer. La viuda convidó á comer al médico y á su hija, pero Mariano pretextó estar enfermo y se empeñó en no salir de su cuarto, desbaratando los planes de la madre, que quería se vieses; pero la curiosidad obligó á Mariano á atisbar á aquella, á quien su madre le destinaba por esposa, y cuando la vió venir acompañada de su tío...

No es fácil dar cuenta de las emociones del joven al reconocer en la sobrina del médico á Josefina, de modo, que su madre estaba empeñada en que se casara con la misma á quien rechazaba. Mariano hubiera deseado volar á su encuentro, pero se dió cuenta de la situación, y temeroso de que Josefina no pudiese dominar su emoción al verle, no salió de su aposento hasta que los convidados se hubieron marchado. Le reprochó doña María su proceder, que pecaba de descortes, y le elogió á la joven. Se sinceró Mariano, y por complacer á su madre ofreció hacer en el acto una visita al médico. Observó la viuda que su hijo estaba muy contento y se dijo: — ¡Quién sabe! — Y al mismo tiempo que eso decía, sus ojos se fijaban en el escudo de los Mafortas.

Desde aquel día fueron frecuentes las visitas, y se estableció tal intimidad, que parecía que las dos familias formaban una sola. Contento estaba Mariano, más su madre, y el médico escribió á su hermano anunciándole que Josefina estaba muy mejorada y ya no se acordaba de sus antiguos amores. — Don Antonio, — dijo doña María al médico, — me parece que esto acaba en boda. — Lo mismo opino, doña María; y me alegraré de que así sea, por dar en la cabeza á la imbécil y presumida señora, que se opuso á que su hijo se casara con mi sobrina. — Pues yo deseo avergonzar á la chiquilla que se había propuesto casarse con Mariano. — Este se hizo de rogar por su madre, aparentó que iba cediendo, y al mes, dijo: — Mamá, por complacer á usted me casaré con ella. — Doña María le abrazó, le llenó de besos, llamó al médico y le dijo: — Es necesario casarlos cuanto antes. — Señora, hay que contar con el padre. Hoy mismo escribo á mi hermano; y no se hará esperar la respuesta.

En su casa estaba doña María, cuando á los tres días recibió la esperada contestación. — Carta de mi hermano. — Léala, — exclamó doña María emocionada. — ¿Qué significa eso? — murmuró el médico al comenzar la lectura. — ¡Acaso niega su consentimiento á la boda? — preguntó la viuda muy agitada. — El médico continuó leyendo, sin



OTOÑO
ABANICO PINTADO POR
SALVADOR VINIEGRA.
Propiedad de S. A. la Infanta Isabel.

cualquiera. ¡Con qué desprecio decía la viuda: — Una cualquiera! — Señora, — exclamó el médico, riendo: — la manera más segura de curar á su hijo y á mi sobrina, sería que se enamoraran y casaran. —

La idea, soltada en broma, quedó encallada en el cerebro de doña María, que soñó aquella noche que su hijo se casaba con la heredera de los Mafortas, siendo padrino de la boda Don Jaime el Conquistador,

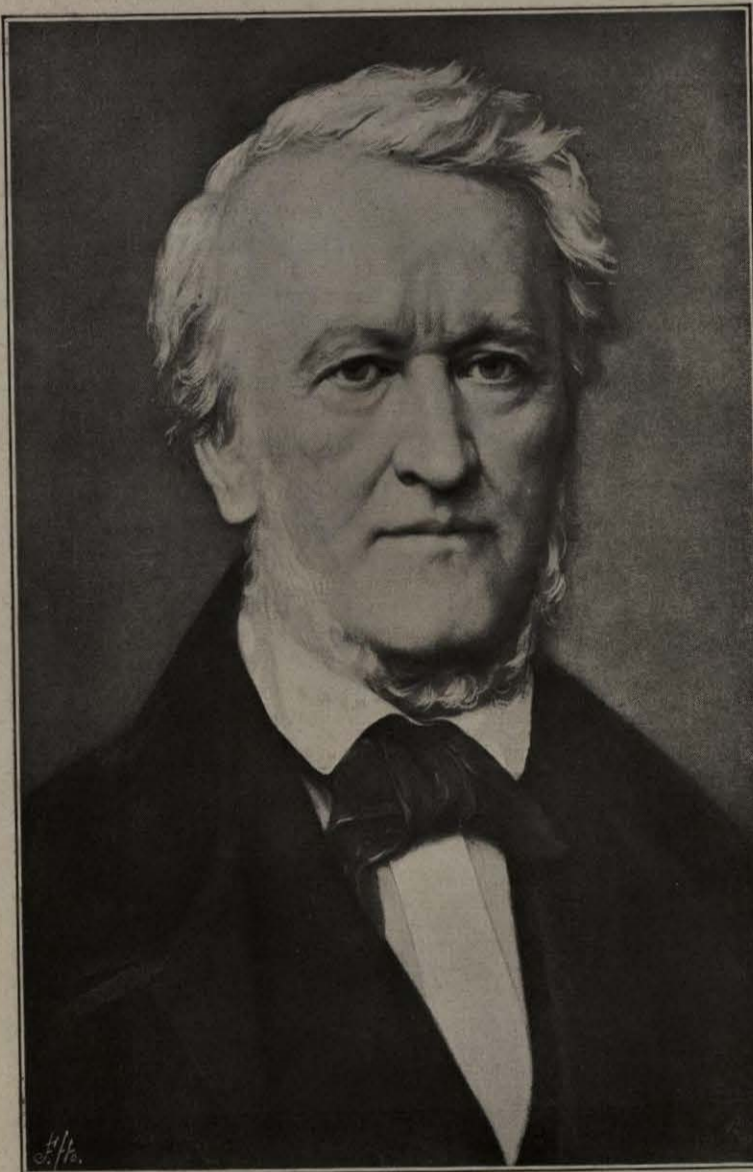
hacer caso del estado nervioso de doña María, que temía ver desvanecidas todas sus ilusiones, que consistían en el matrimonio de su hijo con la heredera de los Mafortas; pero como expresaba sus impresiones por medio de exclamaciones, aumentaba la magnitud de la madre de Mariano. Al acabar la lectura, el médico soltó una sonora carcajada. — ¡Por Dios! ¡qué dice su hermano! — ¡Buena la hemos hecho, señora! — repetía el médico

cuando podía contener la risa, que luego volvía á sacudirle: — ¡Buena la hemos hecho! — ¿Qué es lo que hemos hecho? — Oiga usted: «Querido hermano: tú estás loco al escribir ó yo al leer, porque si envié á Josefina al pueblo para que olvidase á Mariano Romeral, al enterarme de que la madre de éste no quería que se casara con la hija de un mísero tendero, ¿cómo es posible que sea cosa de cuerdos lo que me dices del entusiasmo de doña María por la boda...?» Interrumpió la lectura doña María exclamando: — ¡Entonces, ella, es ella! — De eso no cabe duda, — contestó el médico. — ¡Nos la han jugado de puño! — dijo la viuda, riendo. — ¡Josefina! — gritó el médico. — Presentóse ésta temblorosa,

LA WALKYRIA

La grandiosa tetralogía *El Anillo del Nibelungo*, es la obra de toda la vida de Wagner. Engendrada en su mente joven la trama del simbólico argumento, acaso para desarrollarlo solamente en la forma dramática, fué germinando en las células de aquel cerebro privilegiado, transformándose de vago deseo en imperioso mandato, y llegando á absorber tan por completo sus energías, que, á la vuelta de algunas vacaciones y desalentos, entregóse el maestro de Bayreuth, con toda su alma y con toda su experiencia, á la elaboración definitiva de esa obra colosal cuyos personajes son héroes y dioses, y que tiene por escenario las cercanías del monte sagrado del Walhalla.

Los dramas que componen la tetralogía son: *El Oro del Rhin*, que representa el nacimiento de las primeras luchas por el influjo del oro, que el gnomo Alberico



RICARDO WAGNER. Autor de «La Walkyria».

arrebata á las ondinas sus guardadoras; *La Walkyria*, acción sobrenatural humanizada por modo portentoso, en la que el dios Wotan manda á la predilecta de sus nueve hijas, la walkyria Brunilda, que evite los amores incestuosos y adúlteros de Sigfrido y Sigelinda, siendo la walkyria castigada por su desobediencia y presa de un sueño que vela el fuego encantado; *Sigfrido*, el héroe más extraordinario, el hijo de Sigelinda, matador del dragón *Fafner*, y libertador de Brunilda; y por fin, *El crepúsculo de los dioses*, epílogo grandioso de aquel reinado de venturosas deidades que ven devorado por las llamas de la pira alimentada por la misma Brunilda con su cuerpo, el sagrado recinto del Walhalla, que á tan alto precio construyeron.

En el Liceo se ha representado solamente la segunda de las cuatro partes de la obra, y la fecha del 25 de Enero de 1899 será la recordación imperdurable de uno de los acontecimientos musicales de mayor importancia en Barcelona.

En el primer acto de la *La Walkyria*, aparece la cabaña habitada por el cazador *Hunding*, á la que se acoge el guerrero Sigfrido, llegando á ella rendido, extenuado y sin armas. Conoce á Sigelinda, la esposa de *Hunding*, que es su hermana gemela, y condolido de sus pesares, á la par que enamorado de su singular hermosura, arranca del tronco del Fresno que sostiene la cabaña, la espada encantada *Nothung*, y con ella ofrece defender á Sigelinda; escapando de aquella casa después de entonar el sublime canto de «la primavera».

La música de este primer acto es un admirable crescendo en el que se inicia el motivo de un canto de amor y de guerra que vaga por toda la labor de la orquesta, tomando cuerpo y estallando al final en un himno de juventud y de vida que parece disipar la sombría y tétrica impresión de las primeras escenas, en las cuales la orquesta describe magistralmente la situación psíquica de los personajes.

El segundo acto se desarrolla en un agreste monte cercano al *Walhalla*, donde Wotan el señor y maestro de los dioses afortunados, encarga á su hija que vele por Sigfrido; pero Tricka su esposa, la Juno germánica, le obliga á revocar ese mandato,

porque sabía que la carta de su padre había de aclararlo todo; pero el recelo se convirtió en júbilo al hallarse en brazos de doña María que la decía: — ¡Miren la mosquita muerta! —

Entró en aquel momento Mariano. — Hijo mío, he reflexionado y desisto de tu boda con la sobrina del señor médico; y puesto que tanto amas á Josefina, doy mi consentimiento para que te cases con ella.

Á tales palabras, siguieron abrazos á la madre y futura suegra, y lagrimitas. Al medio año se casaron, y el verano siguiente lo pasaron los novios y doña María en la casa solariega de los Mafortas, que había sido restaurada y había recobrado su antiguo aspecto de mansión señorial.

TEODORO BARÓ

encargando á Brunilda que haga que Sigfrido sucumba en su duelo con el burlado *Hunding*, y queden así evitados aquellos amores incestuosos. Brunilda, enternecida por la pasión de los dos amantes, desobediendo á su padre, defiende á Sigfrido; pero aparece en las nubes Wotan en persona, quien hace que *Hunding* hiera á su adversario. Wotan al contemplar á su gentil hijo muerto, se arrebata de cólera y dirige á *Hunding* una mirada tan saturada de tremenda ira que éste no la puede resistir y cae desplomado en tierra.

La parte musical de este segundo acto adolece de alguna monotonía al principio; más por la persistente forma dialogada en larguísima períodos que por la labor de la orquesta, no exenta de bellezas de primer orden.

La acción del tercer acto se reduce al castigo de Brunilda. En la cumbre de la montaña sagrada van reuniéndose las walkyrias, cabalgando por las nubes sobre briosos corceles y conduciendo al *Walhalla* los cuerpos de los héroes muertos en el combate. Han llegado ya ocho de las nueve hermanas, y al comparecer Brunilda, no trae el hercúleo cuerpo de ningún héroe, sino el delicado de la desventurada *Sigelinda*.

Brunilda pide consejo y protección á sus hermanas, las cuales no se atreven á afrontar las iras de su padre, y vuelven á cabalgar por las nubes, después de oír de boca de Wotan el terrible anatema lanzado contra la desobediente walkyria.

Wotan llama á *Loge*, el dios del fuego y de las sutilezas, y le conjura á que rodee el cuerpo de Brunilda, que presa de fatal letargo, pertenecerá al hombre que llegue á despertarla, atravesando aquel inmenso lecho de perdurables llamas.

Todo este tercer acto es de una grandiosidad sublime. La cabalgata de las walkyrias constituye la página de mayor impresión estética que se haya escrito jamás. Y las súplicas de Brunilda, la maldición de Wotan, la tierna despedida de los dos y el encantamiento del fuego, son obras todas de un efecto escénico que llegan al paroxismo de la sugestión de lo grandioso, logrado por el desarrollo de motivos musicales limpios, francos é inspiradísimos.

La representación en la noche de su estreno fué un verdadero acontecimiento. La hermosa sala del Gran Teatro del Liceo estaba cuajada de selecta concurrencia, como en funciones de gala. El público demostró, á la par que rara ilustración, gran sensatez, ya aplaudiendo con entusiasmo las bellezas que comprendía sin rodeos, ya escuchando con respeto las páginas que, sin asimilarse del todo, le permitían adivinar mayor sensación en audiciones sucesivas.

El más festejado de los artistas fué el célebre maestro José Mertens, quien condujo la orquesta y toda la representación con tanta valentía y acierto que no dejó falta de brillantez ni en una sola de las bellezas de la obra. Músico eminente y fanático del arte serio, Mertens tiene, aparte de un indiscutible talento, la inapreciable condición de una gran sinceridad artística: así todos sus triunfos son victorias ganadas en buena lid, y como á tales duraderas y completas.

La señorita Adini encarnó el papel de Brunilda, haciendo de él una verdadera creación y demostrando ser á la par que una cantante de hermosa y extensa voz, una actriz dramática muy notable y una mujer preciosísima.

La señorita Corsi estuvo deliciosamente inspirada, en el papel de *Sigelinda*, diciendo toda la partitura con gran ternura y sentimiento.

La señorita Lucacevska en los papeles de *Fricka* y de *Sigrunna*, y las señoritas Orcece, (*Elmoige*), Italiano (*Ortlinda*), Samelly (*Guehilda*), Filiberti (*Rosswaisse*), Rochelle (*Waltranda*), Ballier (*Guinguerda*) y Chives (*Schwerleita*), cooperaron con acierto y discreción al conjunto de la obra.

El tenor Lafarge hizo un Sigfrido notable, y aunque adolece algo de la escuela francesa, en el primero y segundo actos estuvo muy bien.

Scarneo dijo con singular acierto el papel de *Hunding*, y Guccarini lució en la difícil parte de Wotan todo el talento de sus estudios y la extensión de su hermosa voz, logrando con la señorita Adini un gran éxito en el último acto.

Para todos ellos fue el ALBUM SALÓN sus aplausos á los aplausos unánimes del público, aplaudiendo también á la empresa, ya que no por la deficiente manera como presentó la obra en los dos últimos actos, á lo menos y con justicia, por haber dado á conocer una de las concepciones más completas y grandiosas que haya producido el ingenio humano.

A. E. JORKO

Para dar cabida á la anterior revista de «La Walkyria» y al retrato de su ilustre autor, nos ha sido preciso modificar un tanto el sumario anunciado, como habrán advertido nuestros suscriptores, habiendo retirado también la Gavota de Federico Alfonso que debía acompañar á este número — y figurará en el siguiente, — substituyéndola por la adjunta importante pieza de dicha obra, que á este objeto nos han enviado sus diferentes editores, los señores Schott, hermanos, de Maguncia.

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

CUBIERTA EN COLOR: de Dionisio Baixeras.
El carbonero y la hija de la molinera. — Caricaturas de Fernando Xumetra.
 PÁGINAS EN COLOR. — Excelentísimo señor don Manuel Girona. — Retrato y artículo biográfico; de Antonio Astori.
Del natural. — Cuadro de Ramón Alsina.
¡Tarde viene hoy! — Cuadro de María de la Visitación Ubach.
Efemérides ilustradas. — *Prisión de Francisco I en Pavía*, cuadro de M. Alcázar con un artículo de E. Rodríguez-Solis.
 PÁGINAS EN NEGRO. — *El final de Carmen*. — Cuadro de E. Alvarez Dumont.
Español y parisién. — Artículo de Emilia Pardo Bazán.
En la torre. — Dibujo y composición de B. Gili Roig.
Españoles en América. — Retratos y artículo de M. Escalante Gómez.
Perchalleras; por Narciso Díaz de Escovar.
La caridad. — Poesía de Fernando Franco Fernández.
Paisaje asturiano. — Cuadro de Enrique Martínez Cubells.
Las dos Rosas. — Artículo de E. Loring.
La cadena de la vida. — Artículo de Eduardo Montesinos, ilustrado por A. Serifa.
Madrid elegante; por Montecristo.
«Escribíme una carta, señor cura». — Cuadro de Eduardo Vassallo.
 REGALO. — Gavota para piano, original de Federico Alfonso.

Impreso por F. Giró. — Papel de Torres Hermanos, Sucesores. — Litografía Labielle.



Fot. Napoleon

EXCMO. SR. D. MANUEL GIRONA

UNA personalidad tan importante como la de que nos ocupamos, cuyo nombre, sin necesidad de pomposos calificativos, ha alcanzado celebridad en España, y gran resonancia en el extranjero, se presta á una biografía extensa, detallada y nos atrevemos á decir que curiosísima; pero, para trazarla, requiérese la cooperación del mismo interesado, que, pese á nuestras instancias, no pudimos conseguir. Hemos de limitarnos, pues, á bosquejarla á grandes rasgos, utilizando al efecto, los datos y noticias que nos han suministrado algunos de sus amigos particulares é individuos de su familia.

Manuel Girona nació en esta ciudad el día 1.º de Enero de 1817; año bien desgraciado para el autor de sus días, pues perdió en él todos sus ahorros, por quiebra de su principal don Benito Arxer, lo que le indujo á trabajar por cuenta propia en la carrera comercial.

Contaba diez años nuestro biografiado, cuando su padre don Ignacio preguntó al Director del colegio donde su primogénito se instruía, cómo estaba éste en aritmética, enterándose con el natural placer de que era el primero de la clase. En vista del aprovechamiento y felices disposiciones del niño, llevósele á su lado, tanto para que le ayudara, cuanto para que acabara de alicionarse prácticamente; idea que produjo magnífico resultado, pues el joven Girona mostró en breve asombrosa facilidad para el cálculo, la contabilidad y la correspondencia.

Apareció el cólera de 1834; los habitantes de Barcelona emigraron en su mayor parte, incluso don Ignacio; Manuel no quiso abandonar la casa de comercio en que vislumbraba un porvenir, y se mantuvo firme en su puesto.

Cesó á los nueve meses la epidemia y regresó el padre, temiendo encontrarse arruinado otra vez. Juzguese de su sorpresa al convencerse por el examen de los libros, de que sus negocios lejos de decaer habían prosperado en grande, merced á la inteligencia y actividad del precoz comerciante. Desde aquel momento, le otorgó toda su confianza y la mitad de

los beneficios, en modo permanente, limitándose él al fomento de su pequeño patrimonio en Urgel y en la ciudad de Tárrega, su país natal.

Siguió, pues, funcionando la casa bajo la acertada dirección de Manuel y prosperando grandemente en toda clase de negocios y operaciones, de tal suerte, que á fuerza de perseverancia y economía, á fines de 1839, transformóse en otra de mayor aliento, con la razón social: «Girona hermanos, Clavé y Compañía».

Barcelona no tenía Banco, tan necesario para el crédito y desarrollo de las transacciones; le ocurrió á nuestro biografiado combinar un sistema de Banco inquebrable; esperó cumplir los veinticinco años, y próximo á terminar el de 1842, lo presentó personalmente al Ministro de Hacienda, quién en seguida concedió, por dictamen de 22 de Diciembre su establecimiento.

Esto aconteció en la época que los ancianos recuerdan con horror del bombardeo inicuo ordenado por Espartero, hecho que creó una excitación excepcional en toda España. Afortunadamente, sobrevino pronto la emigración forzosa del mentado general, vislumbrándose un período de tranquilidad, y Girona pudo obtener el Real Decreto de 1.º de Mayo de 1844, firmado por doña Isabel II, creando el Banco de Barcelona, que fué el primer Banco de provincias, y sirvió de ejemplo para que se crearan otros diecinueve en diferentes puntos de la Península.

Desde entonces, todo cambió de aspecto en Barcelona, todo creció rápidamente á la sombra del nombrado Banco; de modo, que todo lo más importante que hoy existe en nuestra ciudad, es debido al apoyo del mismo, que gozó siempre y goza en la actualidad de floreciente vida.

Sería interminable enumerar la serie de empresas de todas clases, de nuevos negocios y de sociedades industriales y bursátiles que ha fundado, iniciado ó apoyado Manuel Girona, en los 54 años transcurridos desde la creación del Banco; consignamos únicamente lo más trascendental y utilitario, sin olvidar sus eficaces y beneficiosas gestiones como Diputado á